

CERVANTES.

La experiencia ha venido demostrándonos en todo tiempo que los pueblos del mundo civilizado adquieren y han adquirido generalmente un engrandecimiento tanto más importante y provechoso, cuanto mayor es y ha sido el número de sus héroes, es decir, de de esos hombres ilustres que, por la excelencia de sus virtudes, por la precocidad de su inteligencia, por sus vastos conocimientos y por otras muchas bellas cualidades, que sería prolijo enumerar, han sobresalido entre todos los demás; verdaderos genios, con cuya desaparición ha coincidido, por lo común, la decadencia material, intelectual y moral de estos mismos pueblos, no quedando de aquellos otra cosa, sino la memoria imperecedera de sus nombres venerados y de sus gloriosos hechos.

Hemos sugerido estas sucintas reflexiones la historia de uno de esos genios que, si bien es verdad que la suerte le deparó la miseria y el hambre, con otra multitud de contratiempos, también lo es, sin embargo, que ha llenado y llenará siempre el mundo con la fama de su nombre: este genio inmortal, honra y prezo de la nación española, no es otro que Miguel de Cervantes Saavedra, de cuya vida y escritos vamos a hacer desde luego una breve reseña en el presente número de nuestra *Revista*, destinado por este Ateneo, como en el año anterior, a conmemorar el aniversario de la muerte de tan insigne varón.

Madrid, Sevilla, Toledo, Esquivias, Alcázar de S. Juan, Consuegra y Alcalá de Henares, à imitación de las siete ciudades de la antigua Grecia, respecto del inmortal Cantor de la Iliada, se han disputado la gloria de haber mecido la cuna de Cervantes, de ese ilustre veterano de nuestra república literaria y militar, según refieren Mayans, Nicolás Antonio, Tomás Tamayo de Vargas, y otros escritores; pero la opinión más generalmente admitida es que nació en

Alcalá de Henares el día 8 de Octubre de 1547, recibiendo al siguiente día las saludables aguas del Bautismo, en la parroquia de Santa María la Mayor. Sus padres D. Rodrigo de Cervantes y D.^a Leonor de Cortinas, aunque oriundos de Galicia y pertenecientes á una familia de ilustre alcurnia, vivían en aquel pueblo, encontrándose en una situación que, si bien no precaria del todo, era poco desahogada.

En cuanto á los primeros años de su vida solo se sabe lo que él mismo dice; y se reduce á que componía en verso, siendo todavía muy pequeño; que cifraba todo su gusto en asistir á las farsas, ó representaciones del célebre Lope de Rueda, con lo cual demostraba su grande afición al teatro; y últimamente que era tan inclinado á la lectura, que iba recogiendo por las calles los girones de papelillos desperdiciados. En la famosa Universidad que en el pueblo de su nacimiento fundó el cardenal Jiménez de Cisneros hizo los estudios de *Humanidades*; después se cree que cursó dos años en Salamanca, pasando por último á Madrid, en donde estudió con el distinguido humanista Juan Lopez de Hoyos, que le llamaba *su muy caro y amado discípulo*, sin duda alguna, por su amor á la poesía, por su excesiva laboriosidad y honradez y por su notable aprovechamiento.

En el año 1570 vemos ya á Cervantes sirviendo de fámulo al cardenal Julio Acquaviva, que dos años antes le llevó á Roma, después que éste hubo despachado en Madrid una importante misión que trala del Papa. Al año siguiente, ó sea en 1571, se alistó como soldado voluntario en las banderas de D. Juan de Austria, hermano natural de Felipe II y general en jefe de las fuerzas navales que, con el nombre de «La Santa Liga» aprestaron España, Roma y Venecia para hacer frente á la inmensa flota de Selim II, que intentaba invadir todas las naciones cristianas. Con tal motivo el día 7 de Octubre de este mismo año se halló en la memorable jornada de Lepanto, en la que, á pesar de encontrarse en muy mal estado de salud, á consecuencia de unas calenturas malignas que venía padeciendo, peleó como un héroe, sembrando entre los infieles el espanto y el exterminio, y sin que bastaran á retraerle del combate los consejos y exhortaciones de sus jefes y compañeros; pero tuvo la desgracia de recibir tres heridas de arcabuz; dos en el pecho, y una en la mano izquierda, de la cual quedó manco. Por su arrojo y bizarría en la pelea mereció que el Generalísimo de la Liga, al visitarle á otro día, como á los demás heridos, tuviese con él un agradable coloquio, y le aumentase su paga en tres escudos. El Ilustre Príncipe no pudo menos de adivinar en el rostro de Cervantes la satisfacción que éste experimentaba, por la victoria que la sacrosanta enseña de la Cruz había obtenido sobre la media Luna, la cual perdió doscientas diez galeras y unos treinta mil hombres. ¡Llor eterno al escritor insigne que, viendo en peligro su religión y su patria, sin vacilar un instante y lleno del mayor entusiasmo empuña el acero para defenderlas aun á costa de su vida!

Después de haberse restablecido completamente de las graves

dolencias que le aquejaban, continuó la honrosa profesión de las armas, al mando de D. Lope de Figueroa, distinguiéndose por su valor en las tres acciones de Navarino, Tunes y la Goleta, las que recordaba en su ancianidad con la efusión de júbilo de que era capaz su alma noble y generosa. Más tarde fue destinado á reforzar la guarnición española de Nápoles, en cuya ciudad permaneció hasta el 1575, en que tomó la licencia absoluta; y al regresar á España en la galera Sol, en compañía de Rodrigo, su hermano mayor, para tener el gusto de abrazar á su anciano y cariñoso padre y demás parientes y amigos, y con el fin de obtener también del Rey una recompensa por sus buenos servicios, y para lo cual traía cartas de recomendación muy importantes, tuvo el sentimiento de no poder realizar tan justas y legítimas esperanzas, porque el día 26 de Setiembre del año últimamente citado fué acometida la galera que le conducía por la escuadra que mandaba el célebre corsario Arnaut Mamí, capitán de las aguas de la Argelia y renegado Albanés y apresada por la goleta del Araez—Dali, que también era renegado griego; y habiéndose hecho el reparto de los prisioneros, como tenían de costumbre, la suerte decidió que nuestro inmortal Cervantes fuese adjudicado á dicho Dali, el cual le condujo á Argel.

Este avaro é inhumano pirata, creyendo que su cautivo era un personaje de alta posición, por las cartas que de D. Juan de Austria y del Duque de S. sa llevaba para el Rey, se propuso obtener por su rescate una gran suma; y á este fin, le metió en un oscuro calabozo y cargado de cadenas, le martirizaba cruel y despiadadamente y con harta frecuencia. Después tuvo otros dos años, los cuales le trataron con más dureza aún que el renegado griego. En su cautiverio se distinguió por las peligrosas tentativas que hizo para escaparse con algunos otros compañeros de infortunio; en tales términos que su propósito no era otro sino apoderarse de Argel, como lo acredita la historia y viajes de Haedo; por lo cual se vió muchas veces expuesto á sufrir la muerte más cruel y espantosa. ¡Tal era el arrojo y firmeza de espíritu del ilustre cautivo! Pero de nada sirvieron tan extraordinarios esfuerzos para recobrar su perdida libertad. Por fin, quiso la Providencia que, el 19 de Setiembre de 1580, día en que se preparaba para marchar con su amo á Constantinopla, de donde tal vez no hubiera vuelto jamás, los religiosos de la orden de Trinitarios obtuvieron su rescate por 500 escudos en oro español; parte de ellos recogidos de limosna por su familia, que se encontraba en la mayor miseria, por haber tenido que rescatar tres años ántes á su hermano Rodrigo.

Luego que hubo conseguido su ansiada libertad, cuyas ventajas y excelencias describió con tanta maestría, regresó á su patria; y no bien hubo posado su planta en ella, cuando supo que su anciano padre había muerto; por esta circunstancia, y por no encontrar amigos ni conocidos que le protegiesen, se vió precisado á volver al servicio de las armas, con su referido hermano, que ya era alférez, alistándo-

se el año 1584 en la expedición que mandaba el Marqués de Santa Cruz, con destino á Portugal é islas Terceras. Su estancia en este reino, donde tuvo á su hija natural, Isabel, le proporcionó relaciones y conocimientos literarios, que tal vez influyeron mucho en algunas de sus obras. Cansado ya de servir en la milicia, se retiró definitivamente, uniéndose en matrimonio con D.^a Catalina Palacios de Salazar y Voamediano, dama noble, pero de escasa fortuna, y natural de Esquivias, con la que vivió treinta años en la mayor felicidad conyugal: este casamiento vino á aumentar más y más las dificultades de su apurada situación, que creyó hacer más llevadera, dedicándose á escribir para el teatro. Con tal motivo fijó su residencia en Madrid (en cuya capital entró de monja su mencionada hija Isabel en el Convento de las Trinitarias Descalzas) y escribió, en efecto, treinta ó cuarenta comedias, de las que sólo se conservan dos y el título de otras siete. Pero como la poesía dramática no le produjese lo bastante para cubrir las necesidades más perentorias, se vió en el caso de mendigar un destino, consiguiendo al fin obtener, en el año 1588, el de Agente de D. Antonio de Guevara, Comisionado regio para las provisiones de la armada ultramarina, con cuyo motivo marchó á Sevilla, *amparo de pobres y refugio de desdichados*, como la llama en sus novelas. En esta misma Ciudad desempeñó después el cargo de Recaudador de Contribuciones, lo que además de proporcionarle algunos recursos para vivir, le sirvió para recorrer, durante diez años, la rica y hermosa Andalucía, cuya influencia meridional, paisajes y costumbres exaltaban notablemente su fantasía. En el año 1597, por un pequeño desfalco, tuvo la desgracia de sufrir una prision de tres meses, de la que salió en libertad, justificada que fué su inocencia. Pero queriendo abandonar á España, porque ésta no le suministraba los recursos bastantes para aliviar su triste situación, durante diez años dirigió inútilmente repetidas instancias en demanda de una colocacion para América, *refugio de perdidos y truanes*, como la llama también en sus mencionadas novelas, cuyas instancias son documentos que contienen preciosos datos, los cuales nos dan mucha luz acerca de sus anteriores aventuras.

En los cinco años transcurridos desde 1598 hasta 1603, en que nada sabemos con certeza respecto de la vida de Cervantes, es de presumir que se ocupó en desempeñar algunas comisiones de apremio y otras análogas, porque, con motivo de una de ellas, cayó preso en Alzambilla, pasando después á Valladolid, en donde estuvo de escribiente; y á consecuencia de haber acudido á favorecer á D. Gaspar Espelleta, á quien habían herido cerca de su casa, de cuyas heridas murió á los dos días, pusieronle en la cárcel, en donde permaneció poco más ó menos los dos meses de Junio y Julio de 1603 con su hija, su hermana y su sobrina; no habiendo podido obtener su libertad, sino después de haber justificado legalmente que no era cómplice de tan lamentable suceso.

Al año siguiente se fijó definitivamente en Madrid, donde se

propuso seguir su suerte como escritor, al lado del opulento Lope de Vega; por último, no pudiendo llevar una vida tan llena de trabajos y penalidades, entregó su alma a Dios el 25 de Abril de 1616, al poco tiempo de haber profesado en la Orden tercera. Sus cenizas, según refiere el Sr. Marqués de Molins, Director de la Academia española, en su libro, publicado en el año 70 del siglo presente, con el título de «La Sepultura de Cervantes» fueron depositadas en el mismo Convento en que su hija, D.^a Isabel tomó el hábito, situado en la calle de Cantaranas, hoy de Lope de Vega, y no, como otros creen, en el de las Trinitarias, que existía en la calle de Humilladeros; siendo de la misma opinión que el citado Sr. Marqués el eminente literato, D. Francisco M. Tubino, en la importante obra que recientemente ha dado a luz, titulada «Cervantes y el Quijote».

Terminada ya, aunque a grandes pinceladas, la biografía del insigne varón de que nos ocupamos, cumple a nuestro propósito hacer la enumeración de las obras que en prosa y verso ha legado a la posteridad.

Las primeras producciones de su ingenio son las siete que escribió en verso antes de los veintidos años de edad, y publicadas en 1569 por su mencionado maestro, Juan López de Hoyos, en un libro que éste compuso, acerca de la enfermedad y exequias de D.^a Isabel de Valois, esposa de Felipe II.

Entre sus obras dramáticas se cuentan las tituladas *Tratos de Argel*, en la que pinta con los más negros colores la deplorable situación de los cautivos cristianos, representándose a sí propio en el esclavo Saavedra. *La Numancia*, que está inspirada en el gusto clásico, y no, como la anterior, en asuntos nacionales. Los entremeses, titulados *Los Habladores*, *La Elección de los Alcaldes*, *La Guarda Ciudadosa*, *El Viejo Celoso*, *La Cueva de Salamanca*, *El Juez de los Divorcios*, *El Ruñan Viudo*, *El Vizcaino Fingido*, *La Carcel de Sevilla*, *El Retablo de las Maravillas* y *El Hospital de los Podridos*; de los cuales los cinco primeros serán siempre leídos con verdadero placer.

Además, *La Galatea*, novela pastoril, que parece haber sido inspirada, por una parte en las del mismo género de Jorge Montemayor, Gil Polo y otros varios novelistas, y por otra en sus amores con la que después vino a ser su esposa. Sus novelas ejemplares, tituladas *La Gitanilla*, *La Fuerza de la Sangre*, *Rinconete y Cortadillo*, *La Española Inglesa*, *El Amante Liberal*, *El Licenciado Vidriera*, *El Celoso Extremeño*, *Las Dos Doncellas*, *La Ilustre Fregona*, *La Señora Cornelia*, *El Casamiento Engañoso* y *El Coloquio de los Perros*, a las que llamo ejemplares para no confundirlas con las poco edificantes que entonces estaban en boga, siendo tan escrupuloso en esta parte que, hasta los requiebros amorosos, según el mismo dice, son tan honestos y tan medidos con el discurso cristiano, que no podrán mover a mal pensamiento, al descuidado o olvidado que las leyere; pues de otro modo, antes me cortara la mano con que las es-

cribí, que sacarlas al público.» Dichas novelas son reputadas como las primeras después del *Quijote* siendo las más notables entre todas *La Gitanilla y Rinconete y Cortadillo*.

También escribió *El Viaje al Parnaso*, una oda a Santa Teresa y alguna otra más; siendo la última obra que brotó de la pluma de escritor tan renombrado la novela titulada *Trabajos de Persiles y Sigismunda* que, a pesar de la hidropesía que le devoraba, se alzó por concluir, dedicándola al Conde de Lemos; la cual es respecto de las novelas serias lo que el *Quijote* es con relación a los libros de Caballería: dicha obra no vio la luz sino después de la muerte de Cervantes, cuya viuda publicó en 1617.

Pero la producción que ha hecho imperecedera la fama del Manco de Lepanto es la de «El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha;» baste decir en elogio de la misma, que no solo se encuentra formando parte, en primera línea, en las bibliotecas de todos los amantes de la literatura, sino que se han hecho de ella 1072 ediciones en varios dialectos e idiomas, que son: En castellano, 417; en Inglés, 201; en Francés, 169; en Italiano, 96; en Portugués, 71; en Alemán, 70; en Sueco, 13; en Polaco, 7; en Dinamarqués, 6; en Griego, 4; en Ruso, 4; en Rumano, 2; en Catalán, 2; en Vasconco, 1; y en latín, 1; de forma que las letras españolas pueden justamente envanecerse con la posesión de un monumento que ha sido, es y será siempre la admiración del mundo entero.

Antes de terminar este desaliñado trabajo nos parece oportuno hacer a nuestros lectores una indicación y es: que algunos críticos han dicho que Cervantes era filósofo, racionalista, republicano y otras muchas cosas más, hasta tal punto que han llegado a hacer de él un acérrimo volteriano; pero todo esto, tras de gratuito, es absurdo. Lo que hay de cierto es que, como hombre superior a la época en que vivía, condenó algunos abusos, llevado sin duda de su amor por la verdadera libertad y tolerancia, no siendo por esto quizá muy amigo de la Inquisición; más no por esto se le ha de considerar como un libre pensador y revolucionario; antes bien, era un católico ferviente, como buen español del siglo XVI, y de un alma tan privilegiada que, según dice el Señor Aribau, «impávido en los peligros, fuerte en las adversidades, modesto en sus triunfos, desprendido y generoso en sus intereses, amigo de favorecer, indulgente con los esfuerzos bien intencionados, de la medianía, dotado de juicio recto y clarísimo, de imaginación sin ejemplo en su fecundidad, Cervantes pasó por el mundo como peregrino, cuya lengua no se comprende. Sus contemporáneos no le conocieron y le miraron con indiferencia, la posteridad le ha dado una compensación justa, pero tardía; porque ha conocido que hubo un hombre que se adelantó a su siglo, que adivinó el gusto y las tendencias de otra sociedad, y que haciéndose popular con sus gracias inagotables, anunció la aurora de una civilización que amaneció mucho después.»

¡Tal es el ligerísimo bosquejo del hombre, cuya muerte, como

ya dijimos, conmemora hoy este Centro literario, amante como el que más de las glorias nacionales!

TOMÁS PERIAGO,

OLVIDADA

que se lo usó el mundo de abuelo

SEÑORAL AL FIN Y A LA SEÑALIDAD DON DE LAS...

SONETO.

Hunde en el polvo la soberbia frente,
Allá en Granada, entre cobarde lloro,
El pertinaz y miserable moro,
Ante el valor de la cristiana gente.

Un nuevo mundo brota en Occidente,
Que es para España singular tesoro,
Nace el siglo feliz, el siglo de oro,
Mundo nuevo también, más esplendente.

Radiante Iberia en su valioso trono,
Dictan la ley doquiera sus legiones,
Confundiendo la envidia y el encono.

Y para ser solaz de las naciones,
Nace en España, como rico lote,
El Ingenuo Hidalgo D. Quijote.

CÁRLOS M. BARBERÁN.

ARTÍCULO

donde se cuenta lo que en él se verá

(PARODIA DE LOS CAPÍTULOS IX Y X DE LA SEGUNDA

PARTIDA DEL SEISGTE.)

I.

Media noche era por filo poco más ó menos cuando el Siglo XIX acompañado del materialismo dejó el no ser y entró en la España.

Estaba el país en un sosegado silencio porque todos sus habitantes reposaban a pierna tendida, como suele decirse. No se oía en todo él sino los pasos de la ronda de pan y huevo y las voces del *pecado mortal* que asombraban al Siglo y repugnaban al Materialismo, todo lo cual tuvo el Siglo a mal agüero; pero con todo dijo al Materialismo: Materialismo, guía al palacio de la Verdad, quizá podrá ser que aquí la hallemos. ¿A qué palacio tengo de guiar, respondió el Materialismo, que en el que yo vi á su grandeza de todos los hombres? Debería haber realizado entonces, respondió el siglo, el fin que se propone de ser conocida por todos, pero yo sé muy bien que el vientecillo Norte le ha hecho retirarse á su palacio y así primero hallemos una por una el alcázar, que entonces yo le diré lo que será bien que hagamos; y advierte, Materialismo, que ó yo veo poco ó aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe hacer el palacio de la Verdad. Pues guíe vuesa merced, respondió el Materialismo, aunque yo lo veré con los ojos y lo tocaré con las manos y así lo creeré yo, como creer que es ahora de día.

Guió el Siglo y vió una gran torre y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino una Iglesia, y dijo; con la Iglesia hemos dado. Ya lo veo, respondió Matertalismo, que es lo mismo que dar con el cementerio y plega á la suerte que no demos con nuestra sepultura que es igual, que no es buena señal andar por los cementerios á tales horas. Déjeme vuesa merced guiar que tal podría ser topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados.

Habla con respeto, Materialismo, de las cosas de mi Señora, dijo el Siglo, y tengamos la fiesta en paz. Yo me reportaré, respondió Materialismo; ¿pero con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que de sola una vez que vi á la Señora Verdad, la haya de encontrar á media noche, no hallándola vuesa merced que la debe haber visto millares de veces?

Tú me haces desesperar, Materialismo, dijo el Siglo: ven acá, hereje, ¿no te he dicho que no he visto á la sin par señora la Verdad, ni mi padre la vió, y que solo la busco porque tenemos la obligacion de encontrarla por lo hermosa y discreta que dicen que es? Ahora lo oigo, respondió el Materialismo: y digo que pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco... Eso no puede ser, replicó el Siglo, que por lo ménos ya me has dicho que la viste habitando en la inteligencia de todos los hombres. No se atenga á eso, Señor, respondió Materialismo: porque le hago saber que tambien fué de oidas y me llegué á verla. Maldito seas de Dios, mentecato, dijo el Siglo: y así hubiese yo tomado por escudero y guia á aquel célebre y discreto escudero de mis abuelos de la edad media por cuya solicitud y discrecion atravesaron estos los umbrales del palacio de la Verdad, segun nos refieren todas las historias. ¿Y buscaba ese escudero de que habla (vuesa merced á la Señora Verdad á oscuras y sin conocerla? ¡preguntó el Materialismo! No lo dicen las historias, respondió el Siglo; pero al ménos se saca que la conoceria, puesto que llevó á mis abuelos á su presencia y que la buscaria si no con la luz que dan los astros con la que su buen juicio le prestaria. Pues cate vuesa merced porque yo no hallaré ahora la casa, alcázar ó palacio de la señora Verdad, dijo Materialismo: porque á falta de la del sol no tengo otra luz que me alumbre.

Estando los dos en estas pláticas vieron que venia á pasar por donde ellos estaban uno con grande ruido de armas y guerreros preparativos, aunque por el trage más parecia trabajador de alguna fábrica que hombre de guerra. Venia cantando aquello de

Allons Enfants de la patrie
Le jour de gloire est arrivé.

Que me maten, Materialismo, dijo en oyéndole el Siglo, si me ha de suceder cosa buena en mi vida. No oyes lo que viene cantando ese villano? Si oigo, respondió Materialismo, ¿pero qué hace á nuestro propósito ese canto? Así pudiera cantar «*Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus*» Lo que ahora conviene, señor, es que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de dia; y asaz sería de desdichado si no hallase á la Verdad, y hallándola hablaré con su merced, y la diré donde queda vuesa merced esperando que le dé orden y traza para verla. El consejo que ahora me has dado, dijo el Siglo, le apetezco y recibo de bonísima gana: ven, hijo, y vamos á buscar dónde me embosque, que tú volverás, como dices, á buscar, á ver y hablar á la Señora de mis pensamientos.

Habiaba el Materialismo por conseguir tal de su amo porque no averiguase la mentira de que ni aun en la inteligencia de todos los hombres habia visto á la Verdad, y así dió priesa á la salida que fué luego, y hallando una floresta, donde el Siglo se emboscó, el Materialismo volvió á buscar á la Verdad.

II.

Confuso y pensativo se apartó el Materialismo de su señor, y apenas hubo salido de la floresta cuando volviendo la cabeza y viendo que el Siglo no parecia sentóse al pié de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo y á decirse: sepamos ahora, Materialismo hermano, adónde va vuesa merced.

¿Va á propagar las ventajas que tiene el no pensar sino en vivir cómodamente? No por cierto ¿Pues qué va á hacer? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una, señora, y en ella á toda la discrecion y á todo el cielo junto. ¿Y adónde pensais hallar lo que decís, Materialismo? ¿Adónde? En España, porque dicen que ya es la única parte de Europa donde puede encontrarse. ¿Y sabeis, si esto es cierto? Mi amo dice que sí porque su padre no la halló en ninguna otra parte. ¿Y habéisla visto alguna vez? Tan no la he visto, que hay quien dice que huye de mí como judío de la inquisicion achacándome el tener la culpa de haberla echado de otros paises. ¿Y pareceos que es acertado y bien hecho, que si los españoles supiesen que tratáis vos de recorrer sus lugares ahuyentando á esa tan alta señora, viniesen y os moliesen á palos y no os dejasen hueso sano? No os fieis, Materialismo que los españoles son tan valientes como amantes de sus ideas y no consienten cosquillas de nadie.

Este soliloquio pasó consigo el Materialismo y lo que sacó de él fué que volvió á decirse: ahora bien, todas las cosas tienen remedio si no es la muerte. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar. Siendo pues loco, como lo es y de locura que las más veces toma unas cosas por otras y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando al tomar la herencia de su padre dijo que Voltaire era S. Pablo y Rousseau Sto. Tomás y la Enciclopedia la Biblia y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que la primera que me topáre por aquí es la señora Verdad, y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él juráre, tornaré yo á jurar de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito.

Con esto que pensó el Materialismo quedó sosegado y detúvose allí hasta tarde, por dar lugar á que el Siglo pensase que lo habia tenido de recorrer algunos lugares y de hallar á la Verdad; y succ-

dióle también que cuando se levantó para ir á buscar al Siglo vió que del camino de la Francia hácia donde él estaba, venían la diosa Razon acompañada de la Argucia y de la Petulancia, todas tres montadas sobre el carro del ateísmo, y así como el Materialismo vió a todas tres á paso tirado, volvió á buscar á su señor á quien halló y dijo: salga vuesá merced al raso, señor amo, á ver a la señora Verdad que con otras dos doncellas tuyas viene á ver á vuesá merced.

¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices? No quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Qué sacaría yo de engañar á vuesá merced, respondió el Materialismo, y más estando tan cerca de descubrir la verdad? Apréstese, señor, y venga y verá venir á la señora Verdad, vestida y adornada como ella es. Ella y sus doncellas la lógica y la Fé—todas son una ascua de oro, todas luz, belleza y brillantez y todas vienen sobre el carro del recto criterio, que no hay más que ver.

Después de otras muchas razones salieron de la floresta y tendió el Siglo la vista por todo el camino y como no vió sinó á la diosa Razon, turbóse todo y dijo al Materialismo dónde las había dejado. ¿Cómo dónde las he dejado? respondió. ¿Por ventura tiene vuesá merced los ojos en el colodrillo que no ve que son estas las que aquí vienen resplandecientes como el sol de medio día? Yo no veo, dijo el Siglo, sinó á la diosa Razon con sus acompañantes la Argucia y la Petulancia, vestidas como eu carnestolendas, sobre un carro de tierra y no de oro, como debe serlo, sobre el que se asiente la Verdad.

En suma: tanto aseguró, porfió y juró el Materialismo que el Siglo se puso de hinojos ante ella, mirándola con ojos desencajados y vista turbada, y como no descubría en ella sinó la rusticidad de su rostro y el oropel de sus adornos, estaba suspenso y admirado sin osar desplegar los labios, mientras el Materialismo suplicaba á la diosa se diese á conocer al Siglo en todo el esplendor de su hermosura tal como de él se dejaba ver.

Levántate, Materialismo, dijo á, este punto el Siglo, que ya veo que la fortuna, no harta del mal mio y de mis antecesores, tiene tomados los caminos todos para que no recibamos el contento de ver á la Verdad que deseamos.

Apartóse el Materialismo y dejólas ir contentísimo de su enredo, pues ya por lo dicho por el Siglo comprendió le había hecho caer en el lazo de su engaño.

Siguiólas el Siglo con la vista, y cuando vió que no parecían volviéndose al Materialismo, le dijo: ¿qué te parece qué mal quisto soy de la fatalidad que han desfigurado á la señora Verdad solo por privarme el contento que pudiera darme verla en su ser? Y has de advertir, que no se contentó en trocar su luz en tinieblas y sus joyas en oropel, sinó que juntamente le quitaron lo que es tan suyo que es el olor al de los santos parecido, por el que á legua se la distingue variándolo por el de la pestilencia de la falsedad que has

trastornado mi cerebro. En vano ¡oh fatalidad! continuó diciendo el Siglo: me persigues lo mismo que á mis tres últimos abuelos. Ya te conozco, y sé tus malas artes, como sé que es la Verdad la que para mí has desfigurado, y esa será, pese á quien pese, la reina de mis días.

Mientras tales exclamaciones y razonamientos hacia el Siglo, el Materialismo se maravillaba del resultado de su enredo, y mas de la locura de su amo, que á pesar de ver palpablemente las muestras de no ser la diosa Razon la señora Verdad, no daba crédito á sus ojos, y todo lo creia, ménos que vivia engañado.

J. SANCHEZ ROS.

CARTA DE SANCHO PANZA.

Yo, Sancho Panza, escudero,
Groom en los tiempos presentes,
Desde el templo de la Trama
Vuelve á saludar á ustedes.

Allí tengo yo mi mesa,
Y el Rucio tiene el pesebre,
Que de la Trama en el templo
No pocos burros se meten.

Mi buen señor D. Quijote
Mandóme que aquí viniese
Á comprar á dulcinea
Cierta *polisson* de muelles.

Y valiéndome del puño
Y el portal de un escribiente,
Mis impresiones de viaje
Le dirijo de esta suerte.

—Desde la Mancha vinimos
En eso que llaman trenes,
Yo en un coche, el burro en otro,
Que es cómo mejor se viene.

Y cuentan que él exclamaba,
 En pies ajenos al verse:
 — «¡Lo qué valemos los asnos
 En el siglo diez y nueve!»—

Ya en Madrid, ví de Cervantes
 La estatua, ó de Benengeli
 En un jardin, á quien llaman
 en castellano *parterre*.

Sin duda estará encantado,
 Pues hasta su cara es verde;
 Yo presumo que está así
 De oír lo que hablan enfrente.

Adórnale fresca alfombra
 De *reigrás*, vulgo de césped,
 Y una choza á la suiza,
 Que está diciendo comedme.

Que Madrid me gusta mucho
 No es preciso que lo pruebe;
 Que aquí se reparten insulas
 Y se llena en grande el vientre.

Los caballeros andantes
 Acabaron para siempre;
 Yo, coballero Danzante
 Para medrar, pienso hacerme.

En vez de lanza, la lengua;
 En vez de gigantes, *treses*;
 En el pecho, el egoismo;
 La desvergüenza, en la frente.

Y de fijo habrá mil damas
 Que vengan á pretenderme;
 Y en vez de ser un tunante
 Seré un señor eminente.

Que hoy toditos mis refranes
 Los hombres y las mujeres
 En uno sólo compendian:
 «Tanto vales cuanto tienes.»

Usaré, que la sin hueso
 Menea tan fácilmente,
 Aquí lucirse podría
 Mudando de pareceres.

No más, señor D. Quijote,
 A la pólvora deteste,
 Que es invención de un filántropo,
 Que economiza las muertes.

Y por ella dos ejércitos,
 Uno en China, otro en Amberes,
 Dicen que pueden batirse
 sin salir de sus cuarteles.

No á vuesa merced á palos
 Le molieran tantas veces,
 Si rayando su lanzon
 Mayor alcance le diese.

Usaré andaba *blindado*
 — ¿Cuánto va á que no me entiende?—
 Y hoy hay buques con coraza
 Por si los muerden los peces.

Por esas calles, de noche,
 Me encuentro mil doncellases,
 Que, á puro menesterosas,
 Se buscan sus menesteres.

De huérfanos y pupilas
 No es preciso que se acuerde,
 Que en sociedades con álias
 Hay ya quien por ellas vele.

Seguros sobre la vida,
 Sobre incendios, sobre peste,
 Méenos de morir, de todo
 Asegurados nos tienen.

Permítame, pues, señor,
 Que en esta tierra me quede,
 Que es *ínsula Barataria*
 Para todo el que lo entiende.

Dije así en carta à mi amo,
Y, porque de prisa fuese,
Diez céntimos de franqueo
En vez de oblea peguéle.

—
JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

—
EL MANCO DE LEPANTO.

SONETO
=

Ese eres tú; la gloria y el talento;
La virtud, el valor, y la hidalguia,
Númen, inspiracion, fé, valentía,
E inteligencia al par que sentimiento:

Ese eres tú, y tu insigne valimiento,
El lauro de la *pobre patria mía*;
Pues no queda español en este día
Que á tu nombre no erija un monumento:

Ese eres tú, coloso sin segundo;
Tú, el que en los aires con la fama zumba;
Tú, ¡el que después de muerto no hallas tumba,

Porque apenas si cabes en el mundo.
Ese eres tú, repite en fin, mi canto;
Tú, y nadie más. «El Manco de Lepanto.»

—
J. RUIZ NORIEGA.

—
A CERVANTES.

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.
—

El Ateneo de Lora fué el primero de los de su clase que empezó á conmemorar el aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, dedicándole en el año 1871 una Sesión literaria, en la que se pronunciaron elocuentes discursos y se leyeron magní-

ficas poesías, amenizándola además con escogidas piezas de música. En 1872 abrió un Certamen público en que se adjudicaron una pluma de oro y varios diplomas á las mejores composiciones poéticas que de diferentes puntos de España se presentaron, y en el que tan importantes servicios, así administrativos como literarios prestaron el digno Director de este Establecimiento, que lo era entonces nuestro querido amigo, D. Julio Mellado Perez de Meca, y su incansable y entendido Secretario general, el joven D. Antonio Gayon. En 1873, ya que por circunstancias especiales no pudo este Centro literario celebrar dicho aniversario con la solemnidad de los dos años anteriores, dedicó, como lo hace en el actual, el número de esta Revista, á la memoria de tan ilustre escritor.

Ahora bien; este Ateneo que, segun vemos dicho, inició esta festividad literaria, tiene la satisfaccion de verla generalizada y extendida, no solo en las principales poblaciones de nuestra hermosa península, sino tambien en casi todo el resto de Europa y en especial en todos los países de América que fueron un tiempo colonias españolas: por lo que esperamos, no sin fundamento, que el 23 de Abril, dia en que dejó de existir el inmortal autor del Quijote, llegue á ser dentro de pocos años una fiesta nacional; pues si bien es cierto que Cervantes no obtuvo títulos académicos, ni ocupó jamás ningun alto puesto en la gobernacion del Estado, ni resonó su voz en ninguna cátedra pública, con todo eso, no puede negársele su grande importancia, tanto por los inmarcesibles laureles que alcanzó como militar en Lepanto, cuanto por el renombre que como literato ha adquirido con la publicacion de sus obras, y más especialmente con la de su «Ingenioso Hidalgo:» y por consiguiente, le consideramos digno de tributarle todos estos honores.

Por otra parte, algunos escritores, envanecidos, sin duda, con sus títulos universitarios, se permitieron rebajar el mérito de las obras literarias del insigne varon que nos ocupa, y sin embargo, los hombres de esos injustos detractores, de esos pretendidos sabios han pasado desapercibidos, por la escasa valía de sus producciones; mientras que Cervantes sin más títulos que su honradez, su talento y su valor ha legado á la posteridad un nombre glorioso é imperecedero.

Por tanto nosotros, admiradores entusiastas de un hombre, cuya fama es universal, y que será en todo tiempo honra y prez de la nacion española, hacemos desde las columnas de esta Revista, órgano de nuestro Ateneo, un llamamiento á toda la prensa nacional, á todos los centros científicos, artísticos y literarios, á todos los establecimientos de enseñanza, y por último, á todas las corporaciones oficiales, para que conmemoren este dia con la mayor pompa y solemnidad posible; dando de este modo una prueba de gratitud, abnegacion y patriotismo.

La Redacción.